

IDEOLOGÍA DE GÉNERO Y LENGUAJE (Algo que puede hacerse con palabras)

Joseph Vehtas.

Lo que vamos a tratar puede encararse desde varios puntos de vista. Elegimos cinco: histórico, semántico, formal o sintáctico, además del ontológico y moral.

Hace muchos años leí en alguno de sus libros, una observación de nuestro Vaz Ferreira, acerca de un aspecto jurídico de la mujer. Se preguntaba por qué Fulana *de* Tal y no *con* Tal. Me quedó en la memoria, sin más consecuencias que iluminar la relación entre el Derecho y la situación social, económica e histórica de la mujer, que va más allá de nuestras deudas con el Código civil napoleónico-que afectó los avances jurídicos logrados para la mujer en la revolución francesa- y la influencia del derecho romano. Recordemos cuán recientes son su derecho al voto, las luchas de las sufragistas. También la situación de minoridad de la mujer, la tutela marital, aun de sus propios bienes. Aristóteles decía que el único esclavo que posee el ciudadano pobre es su mujer, y ya sabemos qué pensaba acerca de la condición humana del esclavo, nacido para servir. Encubierta por la ideología del lenguaje, la afirmación del filósofo es correcta: las mujeres (y los prisioneros) fueron los primeros esclavos. Buena parte de ellas, bajo distintas denominaciones y formas jurídicas, lo siguen siendo en mayor o menor grado y, aún donde han conseguido cierta igualdad, la mayoría es discriminada en lo económico, los puestos gerenciales, etc.

Es un hecho que hombre y mujer somos educados de acuerdo con nuestro género. La identidad, la personalidad social, los roles, dependen de pautas culturales, aunque hoy no es tan clara la frontera de los roles. Pensamos no solo con palabras sino también *en* palabras. Nuestra percepción del mundo y de los otros, del varón y la mujer, está condicionada por ellas. En tanto aspiramos a conocer la realidad, notamos el esfuerzo por despegarnos de la viscosidad del lenguaje y que, en tanto pensamiento *humano*, es imposible prescindir del discurso simbólico, a diferencia del espontáneo pensamiento animal

Los hábitos y comportamientos sociales-gestos, saludos, modas, reveladores de estatus- poseen-en su contexto cultural- una valoración y significado ideológicos. Nuestra personalidad básica es producto de vivir en sociedad, que tiende una red de categorías, organizada con y a través del lenguaje-aunque difícilmente tengamos conciencia de pensar con él-, y filtra nuestra percepción del otro género.

Para ello se debe remontar al patriarcado-relativamente reciente-

si bien algunas antropólogas, como Teresa Porzecanski, consideran al matriarcado una fabulación masculina, cuyo interés es probar que cuando ejercieron el poder, las mujeres fueron incapaces de organizar una sociedad más justa.

No estoy acreditado para esta discusión, puramente ideológica. Es posible que en la horda predominase la fuerza bruta del macho, como la del alfa de gran parte de los agrupamientos animales. Pero es curioso que en las pinturas rupestres aparezcan mayormente representaciones femeninas y algunas pocas de cazadores.

Lo cierto es que en las sociedades patriarcales, los roles, los derechos y las obligaciones, se diferenciaron según los géneros y a favor del varón.

Si nos internamos en el mundo mitológico mediterráneo, según Robert Graves, las primeras divinidades fueron femeninas, diosas madres agrícolas, con la excepción de alguna diosa virgen, como Palas Atenea, nacida de la frente de Zeus, y al parecer, como transacción política.

Personalmente, no me extraña la jerarquización de la maternidad-relacionada con la fertilidad de la tierra- con su filiación matrilineal, tomando en cuenta la ignorancia del papel masculino en la fecundación. En algún pasaje de *Los mitos hebreos* de Graves y Raphael Patai, se dice que hasta el mismo Javeh fue antes una diosa ¿Compatible con su origen en el culto al fuego?.

En *Los mitos griegos*, Graves menciona el hecho de que al comienzo del patriarcado, el hombre que asumía el poder, se vestía con ropas femeninas, lo cual me sugiere el carácter sacralizado que aún conservaba el matriarcado. Esto coincide con la observación de Linton, de que los hábitos culturales poseen una inercia que los mantiene más allá de los cambios, incluso religiosos.

Después que la mujer descubrió y creó la agricultura, se aseguró el alimento, aumentó la población-que se hizo sedentaria- la mano de obra, se construyeron aldeas, se almacenaron granos, se inventó el tiempo-proyectándose más allá del presente- pero también hubo que defenderse de los depredadores (Recordemos el filme *Los 7 samurai* o la *Iliada*, que trata de la expedición de unos piratas asediando una ciudad enriquecida por el comercio).

Mi conjetura favorita es que entonces surgió el patriarcado. La mayor fuerza física del hombre, el impedimento de la maternidad en la mujer, permitieron que ésta accediera o fuese sometida a la hegemonía masculina.

Volviendo a la mitología, en el Pentateuco se explica, en una suerte de teodícea, que fue la mujer, Eva, seducida por la serpiente (el Mal), quien indujo al hombre, Adán, a transgredir la interdicción divina; de ahí, el pecado y el castigo. No es el único texto sagrado que estigmatiza a la mujer. También la mitología griega atribuye el origen de los males

a la transgresión de Pantea y la salvación a Prometeo, una divinidad masculina.

En el Antiguo Testamento, la mujer es *curiosa*: viola la *prohibición del conocimiento*, reservada a Dios y al sacerdocio, prueba e induce al primer hombre a probar los frutos del saber del bien y del mal y el de la inmortalidad. No se explica por qué la interdicción.

Expulsados del Edén, ella es castigada a parir con dolor y él, a ganar el pan con el sudor de su frente, a diferencia de los escribas. No obstante, Eva, ya mortal, asegura la inmortalidad de la especie, pariendo adanes sometidos a la maldición del trabajo-de *tripalium*, instrumento de tortura-. Ambos castigos serán compensados con la felicidad perdida y la vida eterna, a condición de obedecer las leyes divinas, aunque en Job-inspirado en un antecedente babilónico-, el justo era retribuido en su vida terrena.

La función ideológica del lenguaje se cumple al final del texto pero sofisticadamente, *fuera de tema*-es decir, el cuestionamiento de Job-, contrainterrogando: “¿Dónde estabas tú cuando fundaba yo la Tierra?” (Job, IV.v 4. Biblia de Jerusalén). Respuesta que no es tal, por su desplazamiento lógico.¹

Volviendo a la pecadora Eva. No fue la primera mujer creada por Javeh, sino Lilith, destruida por asumir la posición del misionero, posición de dominio reservada al varón (Véase *Lilith*, en *Los mitos hebreos*). En ambos ejemplos, es la mujer la transgresora del orden divino.

No sugiere una concepción trascendente, más allá de los géneros, y menos aún, una concepción teológica y moral femeninas. A diferencia con otras culturas-v.gr. la hinduista, con sus esculturas eróticas, el Kamasutra- el sexo es un tabú judeocristiano, excepto para la procreación dentro del matrimonio, siempre que no sea *lascivo*. La desnudez se cubre con hojas de parra en las representaciones de la primer pareja-no así las Magdalenas-, y de túnicas y taparrabos las paganas del Renacimiento. (Tampoco el erotismo hindú ni el misticismo budista están exentos de ideología patriarcal. Según Mircea Eliade, un monje tibetano explicaba la gestación así: “*Al comienzo, los hombres se multiplicaban de este modo: la luz que emanaba del cuerpo del varón penetraba, iluminando y fecundando la matriz de la mujer*”. *Mefistófeles y el andrógino*. Guadarrama, 22)

Lady Godiva recorre las calles sobre su montura, solo cubierta por su cabellera y al amparo de la discreción de sus súbditos. No hubiese sido impropio que un changador trabajase con el torso descubierto. En un noble, sería una transgresión inelegante. Para cualquier mujer, un

¹ No solo la Iglesia Católica prohibió pintar a la Virgen con un libro (1520). San Jerónimo escribió que la consagrada *debe dejar de ser mujer y ser hombre* afearse, callar, no bañarse ni mostrar la cabellera y leer solo las Escrituras. No fue el único santo y teólogo en pensar así.

signo de locura o indicio de una profesión infame. (Fue moda entre las aristócratas del siglo XVIII, usar un escote que descubría, prácticamente, sus senos).

En cuanto a la igualdad de las personas, las diferencias son las del señor y el sometido. Baste recordar otras aún vigentes en diversas partes del mundo: el derecho del esposo a repudiar a la mujer estéril y la poligamia. La mujer, en cambio, no tuvo ni tiene permitida la poliandria, practicada en culturas *inferiores*.

De nuestro medio, conocemos por Barrán, (*El disciplinamiento*), costumbres *femeninas* no muy lejanas en el tiempo. Sentarse *decentemente* con las rodillas juntas, cubrirse las piernas con la falda, y entre las jóvenes, mantenerse calladas cuando les hablara un varón adulto y responder muy escuetamente. El silencio monjil se asociaba al pudor y la modestia.

El modelo era la Virgen María, quien no había hablado más que cinco o seis veces en su vida. Este silenciamiento no es una mera costumbre sino el reflejo de una situación social y ontológica *por ser lo que es, por su naturaleza*. Va más allá de lo social, como en el racismo. El hombre es activo, la mujer pasiva. Es hermosa pero el varón es útil, emprendedor; ella un *objeto* de goce, que no debe participar del placer sexual. Es bien conocido el hecho de que en ciertas tribus africanas se practica la ablación del clitoris

A la sensibilidad-negativa para la guerra y los negocios-, se opone la fuerza y la inteligencia. La mujer es instinto; él, espíritu, cultura. Ella es tímida (temor, *timiditas*); el hombre es osado, valiente. En realidad responden a la dicotomía opresor-oprimido: varón-mujer(niño): propietario-proletario; blanco-no blanco; salvaje-civilizado (Justificación del genocidio de indígenas tanto en la Conquista como en el asentamiento de poblados e inmigrantes).

La situación de la mujer bajo la dictadura de los talibanes fue un regreso a los tiempos más sombríos, y aún ahora, en algunos países musulmanes, existen prácticas e interdicciones inadmisibles para Occidente, en el vestir, la profesión, la libertad de movimientos o la mutilación sexual. El goce es reservado al hombre tanto aquí como en el Paraíso. La explotación económica, en cambio, es un rédito compartido por todas las culturas, igual que la violencia doméstica, otro privilegio viril, que se extiende hasta la administración de la fortuna de su mujer, quien, hasta no hace mucho tiempo, debía recibir el aval de su marido para operar financieramente o solicitar un crédito.

Como podemos colegir, la humillación y sometimiento femeninos *se reflejan necesariamente en el nivel simbólico, en el lenguaje*, que puede ejercer otras formas de degradación moral y psicológica, cuya ideología y valoraciones suelen ser internalizadas por sus víctimas y transmitidas por las madres a sus niños de uno y otro sexo. La mujer,

como el esclavo, fue *educada por la máquina de poder que es el lenguaje* y aquello que transmite con su carga axiológica. *Para dominar es necesario que el dominado internalice su destino*, como los *parias*, los *intocables* de la India-subyugados por los arios (*los puros*)- cuya exclusión y padecimiento pagan una culpa de la vida pasada. Para ilustrar la internalización de destino, baste una anécdota contada por Panait Istrati en una de sus novelas.

Viendo pegar a una mujer, intentó impedir el castigo. La víctima le gritó desde el piso, que no se entrometiera, que quien la castigaba ejercía su derecho, por ser su marido. O sea, psicológicamente, era *suya*, *pertenecía* a alguien, aun a costa del sufrimiento físico.

Quizá, en tanto *pertenencia*, se sentía inferior, una suerte de niña protegida por su dueño, aceptando la golpiza como un derecho conatural al tutor, su marido.

Esta convicción es de origen social, cultural, y en su mentalidad, quizás hasta religioso.

La *Iliada*, que educó a los griegos, muestra la amenaza del *Padre Zeus* –molesto por sus celos- a su esposa *Hera*, cuando la madre de Aquiles ruega al dios que conserve la vida de su hijo. Ante el puño alzado del perseguidor de doncellas, la esposa no encuentra otra salida que enmudecer y resignarse. Esta escena olímpica refleja la realidad social, las creencias y la psicología de los simples mortales griegos. Ningún escritor que conozcamos, objetó el remedio; antes bien, lo confirmaba en su superioridad de género.

Esta sumisión no es excepcional en la literatura ni en las prescripciones morales y religiosas. Todo lo contrario: las virtudes femeninas- de *vir*, varón- son las que él aprueba y es necesario poseer: virginidad, sumisión, fidelidad, castidad, abstinencia, resignación, parquedad o sobriedad en público. Hay dos morales, aunque no siempre la moral patriarcal está explicitada. La mujer *virtuosa*, es la que obedece a las normas sexuales y sociales impuestas por el hombre. La virginidad es el sello de garantía de legitimidad hereditaria, como la fidelidad.

La represión sexual impuesta, responde a su condición de objeto, de propiedad masculina.

Sin represión no hubiese nacido el psicoanálisis. *Histeria* (del griego, *hystéra*. Matriz, útero).

Las primeras pacientes de Freud lo indujeron a suponer que era una patología fundamentalmente femenina. ¿Cómo no iba a ser pasiva, tímida, resignada, reprimida e histérica? ¿Cómo no envidiaría el pene, el cetro sexual masculino, si únicamente siendo varón, podía acceder a los privilegios de una sociedad organizada en todos los aspectos, en función del dominio masculino? Aún hoy la propaganda se dirige no solo al sentido estético de la mujer sino también a la mirada masculina.

Aunque *La doma de la bravía* o *La fierecilla domada*, de Shakespeare,

no muestre la violencia doméstica, recuerda el derecho del marido a corregir a su cónyuge, en minoridad jurídica. Los brutales latigazos a la bestia debían convencer a la fierecilla de hasta qué punto su señor era capaz de llegar en su furia. No solo ella entra en razones sino que también el ejercicio de esta lección de armonía matrimonial se dirigía a provocar la risa complaciente de su público.

La protagonista de *Casa de muñecas*, de Ibsen, muestra el drama de la mujer que ama, tiene iniciativa y toma conciencia de su condición de minoridad en una sociedad que en todo la somete, no únicamente en lo jurídico, sino también en lo moral y religioso. Su rebelión hace que el culto público bien pensante del estreno arrojara sus bancos al escenario. Ibsen se vio obligado a cambiar el final, en que ella abandona el hogar.

El cambio revolucionario en los derechos se va consolidando a partir de la segunda guerra mundial y no por un cambio moral o las reivindicaciones de las feministas, como no fue la manumisión de los esclavos, quienes, en caso de enfermarse, debían ser cuidados como capital, amén de rendir menos que los hombres libres, beneficiados con la obligación de mantenerse, vivir donde pudieran y enfermarse a voluntad. Las mujeres debieron sustituir a los hombres en las fábricas mientras ellos combatían en la guerra..

La observación de Vaz Ferreira me permitió ver *el nexo* entre el universo del *lenguaje de género* con la realidad. El lenguaje construye una concepción del mundo y de la vida. En tanto *corrige* las imperfecciones u oscuridades de la realidad, del correlato objetivo, con un criterio particularista, extra científico, cumple una *función ideológica*. Responde a los cuestionamientos del sometido, justifica y legitima el orden impuesto.

El poder del lenguaje es más eficaz si se trata de un texto sagrado-especialmente para el analfabeto- o en tiempos modernos, si es especializado, científico o político, pero incontrolable para los profanos, como el católico corriente no accedía a la Biblia, el militante comunista apenas conocía el Manifiesto y confiaba en la interpretación de sus conductores..

Dejando la omisión de la función *axiológica*- los semiólogos clasifican las funciones lingüísticas en informativas, expresivas, conativas, etc.- no tardé en ver un aspecto *formal* que, al parecer, no ha sido destacado.

Primero mostraría los aspectos propiamente *semánticos*, axiológico-peyorativos, que utiliza el varón para referirse a la mujer, tanto en lo privado como en lo público.

Tradicionalmente, es el hombre quien ejerce el uso y abuso del lenguaje público, *desde los lugares de poder*. Sabemos que en ciertas culturas-como en el Japón medieval- se crea una jerga femenina, utilizada, precisamente, para escapar al *control* masculino.²

² También el NU-SHO entre las chinas.

Sin llegar a ese extremo, también existe un *decir mujeril*, paralelo, de mujer a mujer, para referirse a su mundo doméstico y afectivo, a su relación con el otro sexo, ya sea amoroso o de resentimiento. Conocemos qué pensaban mujeres inteligentes como Sor Juana Inés de la Cruz, la madre de Guguin y otras de la Revolución Francesa.³

¿Cómo definía a la mujer un misógino como Schopenhauer? Se refería a ellas-resentido con su madre- como una criatura de *largos cabellos, anchas caderas y corto entendimiento. (Parerga y paralipomena)*

Nietzsche, para enjuiciar la inteligencia de una conocida escritora, cometió un deslizamiento lógico y atacó su condición femenina, llamándola *Jorge Sand o lacteas ubertas, la vaca lechera del "bello estilo"* (*El crepúsculo de los ídolos.p 17*) o *"terrible vaca escritora"*(*Ídem. p21*.Claudio García. 1945).

Otra excepción: Isabel de Inglaterra, quien gobernó, según algunos- no obstante sus caprichos-, gracias a un fiel consejero, no porque ella, como gobernante, finalmente decidiera.

El poder, el gobierno, lo intelectual eran actividades esencialmente masculinas. Las literatas se ocultaban bajo un seudónimo. Escribían las feas o las machunas.

En suma, primero se impedía su acceso a una educación superior y luego constataban su incapacidad para lo que ellos realizaban tan bien, la literatura, el gobierno o la guerra. (El único contraejemplo, fueron las *míticas* amazonas) Según Mircea Eliade, ciertas tribus prohibían revelar los mitos de origen a las mujeres.

El pensamiento ideológico no repara en los condicionamientos de una situación de inferioridad real o supuesta, que se atribuye a la naturaleza del sujeto, se ontologiza.

El criminal de Lombroso es el pobre, el marginado, la prostituta. Las deformaciones óseas por avitaminosis son un indicio bastante seductor para detectar los rostros amenazantes de los criminales.

Se comete la falacia del consecuente, el efecto se toma como causa: el patio está mojado; por tanto llovió. Pero pudo ser regado.

En tiempos de la Inquisición, las viudas que sabían administrar sus bienes caían bajo sospecha de brujería. No era propio de ellas realizarlo con la eficacia de su esposo, sin un pacto demoníaco. Y a propósito, no conozco más que a la papisa Juana, desempeñándose en el gobierno de la Iglesia como cualquier obispo de Roma, hasta el descubrimiento de su pecaminosa condición femenina. Esto me recuerda que los judíos consideraban *impura* a la mujer en su período. Había que alejarse de ella hasta que se purificara. Era de todo punto necesario que *no man-cillase* ningún objeto sagrado. En el templo, estaban alejadas de los

³ Olimpie de Gouges, revolucionaria francesa, reclamó que también se declararan los derechos de la mujer. Fue guillotinado (1793) *con derecho a subir al cadalso*.

hombres, a quienes se reserva aún el ritual religioso. Graves enfatiza *el horror al contacto con una mujer en su período* o con algo que haya tocado. Esto *todavía prevalece en el Medio Oriente y se cree que el hombre que pasa entre dos mujeres que se hallan en ese estado; puede caer muerto.* (Mitos hebreos. p 271).

La polémica teológica medieval respecto a la virginidad de María se originó en el prejuicio masculino sobre la impureza del parto.

Las tres grandes religiones monoteístas asignan un papel subordinado a media humanidad, que vivía o vive en la sombra, destacándose por su belleza, su virtud o haber estado junto a un héroe o personaje importante. Media humanidad infradotada produce la otra de cerebros geniales o competentes. La escuela económica de Chicago atribuye el éxito al talento de los privilegiados e incluye a los perdedores y a las mujeres entre los incapaces o -más consideradamente-, a los *desfavorecidos* de la Fortuna, que administran los ganadores o afortunados. Como se preguntaba un joven sacerdote: *La Trinidad son dos hombres y un pájaro, y la mujer, ¿dónde está?*

Tampoco constatamos mucha estima en la Ilustración. En el *Emilio*, de Rousseau-un libro cuya tema es, nada menos, *la educación*- a la mujer se la limita a la reproducción y a educar a los hijos. Para Kant, el moralista riguroso, nave insignia del universalismo humanista-quien *“con su puño en la frente todo lo llegó a saber”* (A. Machado), el conocimiento es un privilegio masculino: *“El estudio trabajoso y la reflexión penosa, aunque una mujer fuese lejos en ello, borran los méritos particulares de su sexo. A una mujer con la cabeza llena de griego...o que sostiene discusiones fundamentales sobre mecánica, parece que no le hace falta más que una buena barba. La mujer, por tanto, no debe aprender ninguna geometría: del principio de razón suficiente o de las mónadas, sólo sabrá lo indispensable para entender el chiste en las poesías humorísticas. Del universo, igualmente...lo necesario para hacerles conmovedor el espectáculo del cielo en una hermosa noche.* Consecuencia, quizá, de otra afirmación, a partir de un deslizamiento lógico, impropio de quien distingue tan cuidadosamente las forma del entendimiento: *...las mujeres, como no conviene a su sexo ir a la guerra, tampoco pueden defender personalmente sus derechos ni llevar negocios civiles por sí mismas, sino sólo por medio de un representante....* (Antropología. p.100).

Salta de lo biológico (la fuerza física) a lo civil, a lo jurídico. Lógicamente, no se sigue de su *incapacidad para la guerra*-hoy desmentida-ni para el conocimiento científico, su incapacidad para defenderse legalmente, a no ser que se le niegue previamente la posibilidad de educarse. Otra vez la falacia del consecuente.

Antes de ambos pensadores de genio, hubo mujeres brillantes, aunque pocas, pero las más fueron limitadas a sus tareas *naturales, propias*

de su sexo, para ser *libres* en el matrimonio, es decir, bajo *manu maritii*. Tanto el *Emilio* como la *Antropología*-sin quitar algunas observaciones pertinentes-tienen esa liviandad frecuente en el siglo XVIII, que cuenta como hechos los lugares comunes, bien recibidos y confirmados de antemano por sus lectores.

Su *universalismo* excluye igualmente a los negros y a los ciudadanos de segunda clase.

La antropología ilustrada, inclusive la kantiana y la burguesa-clase a la que pertenecía- es sociocéntrica y *particularista*. Rousseau, el teórico de la igualdad y la democracia, afirma: *la femme est faite spécialement pour plaire à l'homme. Émile. Livre cinquième.p 185*).

Il n'y nulle parité entre les deux sexes quant à la conséquence du sexe. Le mâle n'est mâle qu'en certains instants, la femelle est femelle toute sa vie ou du moins toute sa jeunesse: tout la rapelle sans cesse à son sexe. Et, pour en bien remplir les fonctions, il lui faut une constitution qui s'y rapporte"(*Idem. p.190. "No hay paridad alguna entre ambos sexos en cuanto es consecuencia del sexo. El varón, sólo es varón en ciertos instantes, la hembra toda su vida es hembra o al menos toda su juventud: todo la llama a su sexo y para desempeñar bien sus funciones necesita de una constitución que a él se remita.*

Hoy día queda al descubierto el carácter ideológico de estos pensamientos.

Incluso la preocupación por la moda y la coquetería-propia del cortejo instintivo- muestran la presión del poder masculino. La coreografía danzante que exagera el balancear de las caderas, no es sólo un seductor señuelo. Un cambio de peinado, de vestido, puede significar aún un cambio en el estatus social de la mujer. De la caza del *buen partido* no se infieren ni igualdad ni libertad de elección, ciertamente. La mujer solo podía(puede) insinuarse. Según la moral del patriarcado, heredada por la moral burguesa, únicamente el varón tiene derecho a tomar la iniciativa. En otras culturas, todavía es el padre quien decide el matrimonio.

El lenguaje está organizado de tal modo que posee las respuestas. *Inerciar el pensamiento* es una de las cosas que-usando la expresión de Austin- *se pueden hacer con la palabras*.

Incluso entre las mujeres hubo voces críticas, que se alzaron sobre el silenciamiento, como nuestra Sor Juana Inés de la Cruz, ya mencionada, o en tiempos de la Revolución francesa del 79, en el siglo XIX (la madre de Gauguin), y otras contemporáneas (Simone de Beauvoir).

Hubo y hay hoy, cada vez más, figuras destacadas en el arte, la literatura, la ciencia.

Es precisamente en *el uso del lenguaje* que hallamos un indicador de las relaciones entre los géneros, un producto histórico que no se mostraba *transparente* como lo puede ser la historia en otros aspectos.

Hacemos el corte en esta capa *opaca* que recubre el proceso de la condición social de la mujer, al menos, desde el patriarcado. Porque, *¿desde qué perspectiva se crearon la semántica, las estructuras formales del lenguaje-espejo de la realidad- puesto que a él se dirige el ojo que se manifiesta por la articulación de los sonidos, modelando el pensamiento? ¿Qué participación tuvo lo femenino en la semántica y en las estructuras lingüísticas?*

Así como existen lenguajes esotéricos, propios de los iniciados, de los rituales masculinos, como los de iniciación, o guerreros, y jergas femeninas, no podía escapar, supongo, en el patriarcado, una inflexión masculina, aunque el lenguaje, inicialmente, haya sido una creación colectiva y aún sigue siéndolo.

Mi tesis es que el español-como otras lenguas neolatinas- en lo formal, su sintaxis, específicamente, en la *concordancia de los géneros*, se ha *masculinizado*.⁴

Se suscitan varias preguntas: *¿Cómo explicar que en lenguas sajonas, aunque también se manifieste lo patriarcal en lo semántico-refranes, chistes, juicios de valor-, no sea igual a lo que ocurre en la concordancia neolatina?*

Quizá debemos remitirnos a la igualdad de la mujer en las tribus germánicas, según los historiadores latinos. La otra pregunta es: *¿por qué los nombres y los artículos referidos a objetos y fenómenos inanimados o sociales no son generalmente neutros en las lenguas derivadas del latín?* Tal vez porque el pensamiento-y por tanto el lenguaje-era animista.

Por alguna razón, la atribución de género pudo relacionarse con la condición masculina o femenina que el pensamiento animista percibía en las fuerzas de la naturaleza, en un hecho social o en un objeto.

Indagarlo es asunto de la etimología y la antropología cultural.

Habría que averiguar si ciertas cualidades femeninas o masculinas de esos actos, fenómenos u objetos, tenían un valor negativo o positivo. Ya vimos que *virtuosa* sugiere un juicio de valor de una ética masculina. Atenea, Ceres, Perséfone, Hera continuaron siendo femeninas, pero el poder, en el Olimpo, era masculino. Ares era el dios de la guerra; Zeus, el padre de los dioses, poseía el rayo, su bastón de mando. Hefestos, el herrero, fabricaba armas y escudos, tan importantes en las ciudades-estado, donde cada ciudadano debía defender su ciudad como soldado. Las Parcas, la Moira-la muerte, el destino- eran divinidades femeninas. Prometeo, el que ve hacia adelante, el benefactor de nuestra especie y castigado por ello, otra divinidad masculina. Las diosas agrícolas conservaron su dignidad en un panteón dominado por dioses.

⁴ El vasco carece de género.

Es seguramente imposible rastrear hasta el origen femenino o masculino de los nombres. Sería una dura tarea para los lingüistas, los mitólogos-si es que alguno quisiera hacerla- comparar y detectar los rastros de *la usurpación o manipulación masculina del lenguaje en las distintas lenguas vivas* y, menos aún, remontar a las ya extinguidas, en una genealogía de *la dominación simbólica*.

Para Freud el hombre desea a todas las mujeres, practicar una suerte de imperialismo sexual.

El mito masculino del don Juan, ese capitalista del sexo, fue recogido en *El burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina. *Burlador*, no don Juan. Indica la mediación del otro, la cosificación de la mujer burlada en su confianza. No existe equivalente en femenino, a no ser un nombre o adjetivo desdorado. Lo notable es que *el donjuanismo posee un atractivo incluso entre las mujeres* y no conlleva la carga moral peyorativa de *puta* o *prostituta*, *mujer de vida fácil*, *casquivana*, *ramera* y otras, que adjudican tanto hombres como mujeres.

Mi programa no subraya en rojo don Juan, sí prostituta. El lenguaje, el uso de los adjetivos y sustantivos, es esclarecedor de esa doble moral.

El mismo entrevistador que presentaría a un político como *hombre público* no se atrevería a presentar a una ministra como *mujer pública*, menos preguntar si lo es. Ninguna representante se presenta como tal; sí los políticos. Sabemos que lo mismo ocurre con los comportamientos, puesto que *la ontologización de lo social conlleva una valoración*.

En cuanto a la función axiológica, se insulta invocando a la madre o a su sexo y, si acudimos al refranero español, leeremos frases como esta: *La mujer casada, la pierna quebrada y en casa (Quijote, II, 5)*.

Recogí al azar, en el diccionario de refranes de *Espasa*, algunos que muestran diversos aspectos de la situación social y moral de la mujer en la sociedad tradicional.

La mujer y la cambuesa (manzana muy sabrosa) *por su mal se afeitan*.

Mujer, molino y huerta, siempre quieren gran uso, Mujer que habla latín, rara vez tiene buen fin, No hay mujer tan alta, que no huelgue el ser mirada, Una mujer alabada, no tiene espada y, si la tiene, no mata (Pecaminosa por naturaleza, o vanidosa, no resiste el halago, y ¿cede... o está a punto de caer?), Guárdate de mujer latina o moza adivinadora (O sea, culta o ignorante), La mujer artera, el marido por delantera, La mujer del ciego, ¿para quién se afeita?, La mujer como la mula(mula), la boca sangrienta (O sea, el castigo).

La mujer y el huerto no quieren más que un dueño (No así los señores y los reyes. *El adulterio era más permisible*). *“La mujer y el vidrio, siempre están en peligro”, “La mujer y el vino sacan al hombre de tino”, “Al caballo y la mujer, al ojo se han de tener”, “En casa de*

Mari-Miguel, ella es él”

La casada y la ensalada, dos bocados y dejalla (El hombre puede y debe ser infiel) *Casado y arrepentido, El que se casa, por todo pasa, A la casta, Dios le basta, En la cojera del perro y en lágrimas de mujer, no hay que creer, El consejo de la mujer es poco y el que (no) lo toma es loco* (Aun suponiendo que la versión sobre no tomar ese consejo-por lo obvio o elemental como es- sea la única, no se lo estima como al del marido o al de un hombre. Las interpretaciones del diccionario, por una mayor sensibilidad, pero cometiendo anacronismo, parecen atenuar o aun cambiar el sentido a veces fuertemente machista del refrán), *La mujer y la gallina, hasta la casa de la vecina, La mujer y la pera, la que calla es buena* (La pera madura no hace ruido al caer) *La mujer y la sardina, de rostros en la ceniza*, (¿sólo en la sucia ocupación doméstica? Hoy nos parece brutal).

Nombres, epítetos, que conllevan una valoración moral, como si la conducta desviada de los cánones morales admitidos fuese connatural al sujeto de la valoración, sin tomar en cuenta la circunstancias sociales y biográficas que condujeron a esas conductas: *Zorra, jinetera, hembra, machona, marimacho, hombruna, bigotuda, maritornes, griseta, buscona, mantenida, perdida, cortesana, meretriz, bruja, puta, prostituta, mujer de la vida, sabihonda*, así como otras referidas a la condición social, intelectual, racial, laboral, equivalente a las que refieren a otros seres débiles y sometidos, asimismo extensibles a todo un pueblo o etnia.

El énfasis en el superlativo *purísima* aplicado a María implica un juicio de valor, no de la concepción en sí, que es “*sin pecado*”, sino a la actividad sexual femenina, que por ser carnal o gratificante, es *impura*. El Antiguo Testamento exalta la castidad de Susana y también la de José, pero, en este caso, la tentadora, nuevamente, es una mujer, la esposa de Putifar.

La esterilidad es una maldición femenina. Los reyes y patriarcas son bendecidos con la numerosa descendencia que *les dan* sus esposas y concubinas. La mujer es recordada por su lascivia (Lilith), la curiosidad nostálgica (la mujer de Lot), la curiosidad pecaminosa, inducir al pecado, la traición (Dalila), o positivamente, por su fecundidad, su castidad o sus virtudes masculinas (el valor de Judith) o su sabiduría para gobernar (Deborah, la profetisa que fue juez de los hebreos durante cuarenta años).

Ya nos referimos a la condición de cosa que tiene el esclavo para Aristóteles y a la pérdida de realidad de la mujer, a su degradación, su despersonificación, que minimizan el asesinato, la violencia, el maltrato o el uso de quien se percibe como lo totalmente otro, una subespecie humana, un remedo de lo masculino, una versión imperfecta de Adán.

Igual sucede con el enemigo, ya político, ya bélico, o con la simple

población civil, según aconteció en el nazismo y las guerras colonialistas. El vietnamita, el coreano, es un mono, una rata. La violación de mujeres y niñas, la tortura, pueden ser estrategias para minar su autoestima, para provocar desequilibrios emocionales y debilitar la resistencia, o pura violencia sexual, como es el caso de los liberadores norteamericanos en Italia o soviéticos en Alemania.

Para confirmar el fundamento teológico de la jerarquía masculina, bastaba acudir al Pentateuco. Se supo que la mujer nació *después* de Adán, de su costilla, y que, gracias a él, tomó su forma aproximadamente humana. (Aún a comienzos del siglo veinte, Otto Weininger, el joven filósofo alemán, en *Sexo y carácter*, fundamentó la inferioridad de la mujer en su semejanza con el niño, por su debilidad, la piel, su puerilidad).

Uno de los problemas escolásticos fue si la mujer tenía o no alma el principio activo.

Parece estúpido pero hallamos la respuesta en Aristóteles. Lo que aspira a *la forma*—en este caso el alma— la esencia, es la materia, *como si la hembra desease al macho y lo feo a lo bello* (*Física*. L, 9, 192). No importaron los estudios precursores griegos de la anatomía humana, para que se considerase a la mujer, también en esto, un simple medio, una incubadora. Por ignorancia y prejuicio, se subestimaron los cambios físicos y fisiológicos—el desarrollo fetal, la leche para la lactancia, etc.— como si la madre fuese el depósito del principio activo (masculino) y su cuerpo no participase más que en un proceso autónomo.

Esto fue así hasta la aparición de la biología científica.

El cadáver estaba sellado a la investigación por su sacralidad. A tal punto, que Leonardo y Vesalio tuvieron que robarlos amparados por la noche, para diseccionarlos y conocer su anatomía.

Las disquisiciones filosóficas no fueron gratuitas. Tenían consecuencias sociales, políticas, jurídicas y religiosas, amén de las económicas. ¿Quién era el jefe de familia, según qué línea se heredaba una fortuna o una monarquía? Según la del *pater familias*.

En cuanto a *lo formal*, nos encontramos con los cambios históricos en el estatus de la condición femenina, que presentan problemas o indecisiones aparentemente insolubles.

¿Es presidente o presidenta, profesor o profesora, *Madame le professeur*, *Madame le juge*? No todas las lenguas modernas lo han decidido. Ello muestra su sesgo conservador.

Son o serán el uso, la aceptación del cambio histórico y la situación en la escala axiológica de la mujer los que impondrán la adaptación del lenguaje a la realidad.

El español se ha mostrado flexible en la ortografía, en la fonética, adaptando el idioma a las circunstancias, simplificando, haciendo concordar la ortografía con la fonética e incluso adaptándose a la lógica.

Sus preposiciones, sus adverbios dan cuenta de los matices lógicos, si bien hay usos viciosos, que trasladan la sintaxis de otras lenguas, al decir, por ejemplo: *al interior de la sociología*, en lugar de *en el interior de una* disciplina determinada. *Al Interior* vamos con un vehículo. No decimos *cuatro veces veinte (y) diez* ni usamos formas gramaticales redundantes o -con una excepción- grafías anacrónicas, que ya no suenan en el habla.

Pero no sé si la usurpación por el varón del nombre de la especie hallará un vocablo cuya extensión abarque al otro sexo. Cuando queremos referirnos a la humanidad en general, al *homo homo sapiens*, no podemos *incluir a ambos sexos en la extensión y comprensión de una clase o concepto, ni siquiera de modo neutro*. Decimos *el ser humano, no la ser humana*. De ahí que en los discursos se mencione sucesivamente, por pura cortesía: señoras y señores, ciudadanas y ciudadanos, compañeras y compañeros.

O salimos del paso diciendo *la humanidad, el ser humano*, para no emplear *el hombre*.

Mi sorpresa fue mayor al profundizar mi análisis.

No solo en lo semántico, *también en lo formal, la sintaxis, al puro molde vacío, llegó la ideologización del lenguaje*. El lenguaje no es inocente y no solo la semiosis está cargada de valoración. También lo formal.

Lo llamaré *ideo-taxis*, ya que no se trata de un simple ideograma.

Lo advertí cuando mis alumnas eran mayoría, con un solo asistente varón.

¿Cómo evitar el masculino para referirse a un *nosotros*?

“Las alumnas y el alumno estamos todos en clase”. Ellas y ellos hacen la concordancia en masculino.

En el epiceno, el nombre pertenece tanto al masculino como al femenino: el grillo(masculino), el grillo(la hembra). Hallaremos excepciones, por supuesto; en general por eufonía, a menos que el objeto de un nombre se asocie a la femineidad o lo masculino, según las culturas y sus idiomas.

Decimos: *el poder*, en español, *il potere* en italiano, *power* en inglés(masculinos); *macht*, en alemán, (femenino). ¿Habrà que encontrar en los mitos, las costumbres, las relaciones sociales, la génesis de estas diferencias, tal vez, en parte, nacidas del rodar del uso a través de los siglos?

En italiano, *egli* (él, obsoleto), *lui; lei, essa* (ella), en plural son *loro*(neutro). *Essi*(ellas), *esse* (ellas), cuando *loro* es antepuesto(*loro esse, loro essi*), es neutro, pero *loro* pospuesto es masculino. *Essi e esse sono tutti loro studiosi* (masculino plural).

En francés, como en español, el plural es siempre masculino cuando incluye a ambos sexos.

Les garçons et les filles sont studieux.

Quede para los helenistas y los latinistas analizar si esta ideologización del lenguaje, también se constata en lo semántico y sintáctico en las todas las lenguas neolatinas y de las que en menor grado son deudoras, como las sajonas.

Desde el punto de vista metafísico, la *subsunción formal* de lo femenino-desde la inocencia de la adquisición del lenguaje-, *nos induce a considerarla también en lo ontológico, como un ser disminuido, menos sustantivo, menos real y, por tanto, menos valioso.*

En una novela de Snitzler llevada al cine por Stanley Kubrick, uno de los supuestos responsables del crimen ritual de una modelo-que se ofrenda en lugar del protagonista- apela a la condición de prostituta de la misma, para restarle importancia a su muerte. No solo no es para él una igual, una persona: la mediatiza. Pero antes *la cosifica con un juicio de valor, que es a la vez ontológico.* Por supuesto, no se trata de un caso particular. Es propio de un sistema de dominación degradar a los débiles, a aquellos que utiliza, si es necesario, hasta la muerte, ya sea explotándolo-en expresión de Kant-, *como un simple medio.*

No caigamos en el anacronismo de juzgar la situación de la mujer en el patriarcado, desde la liberación actual, limitada en el tiempo y el espacio y aún incompleta. Alcanza con seguir el proceso histórico de sus derechos y cuán recientes son la mayoría de ellos. Esta *capiti diminutio* en el derecho es la concreción jurídica del estatus ontológico. Aquí ser y valer se confunden.

Solo los lingüistas podrán profundizar esta sospecha, atravesando la carne de las apariencias, para revelar el esqueleto de las leyes y de la sintaxis, más oculto que en la semántica..

El estudio de las *sintaxis comparadas* nos mostraría, creo, la velada relación entre el lenguaje y las condiciones sociales entre ambos sexos. Esto me sugiere la improbabilidad de que la situación social de los géneros no contribuyera en la forma y contenido ideológico del lenguaje. Incluso una etimología, a veces muestra el origen insospechado de un término.

Es un hecho constatable que los cambios históricos, tecnológicos, políticos, económicos, científicos y de la moda introducen neologismos.

El lenguaje es un espejo-a menudo opaco- que da cuenta, a nivel simbólico, de la realidad.

Mito es palabra, un mundo de significados, imágenes, que se hipostasian, se estructuran, en relaciones que dan cuenta de las circunstancias humanas. Proyectamos sobre la realidad, recreándola, antropomórfica y antropocéntricamente, lo que elaboramos acerca de ella.

Se pasa del pensamiento mágico al pensamiento científico, en un largo proceso que transita del mito a la reflexión filosófica y crítica, a las teorías contrastadas en la experiencia (con Galileo, desde el Rena-

cimiento). *Nuestra cosmovisión religiosa, nuestra Weltanschauung, es aún masculino-céntrica*, si se me permite el neologismo. Alá, Jehová, Dios son masculinos, creadores del mundo, a partir de la nada o del caos, incluso del *principio femenino*, la mujer, rescatada en el culto a María pero negada en su actividad sexual como impureza.

Lo creador es el *principio masculino*, que no la incluye en su cosmogonía. Alguien suspicaz podría relacionar su exclusión del sacerdocio y la administración del culto, con una concepción patriarcal, heredada del judaísmo pero reforzada por la filosofía platónica y aristotélica.

Sería hasta superfluo remitirse a la historia social y económica de los sexos, donde la mujer es la mula de carga oculta bajo los tesoros del poder y la riqueza masculinos; el río de sangre de los asesinatos y las violaciones. Es el sustento humano equivalente a la infraestructura material de la superestructura, las manifestaciones sociales y culturales del patriarcado; la esclavitud sexual y laboral que aún sustenta un mundo construido por los hombres. No es de extrañar que correspondiera a ello, una cosmovisión, una moral, unas costumbres (Durkheim), una axiología, una ideologización del lenguaje, que moldearan, para uno y otro sexo, sobre el yunque de la realidad, las premisas, la lógica y la sintaxis misma del pensamiento, internalizados de generación en generación, a través de la enseñanza formal e informal.

Lamentablemente, el lenguaje, sus estructuras, no pueden someterse a la experimentación científica, pero sí a un estudio semiológico y formal, comparativo, auxiliado por las otras disciplinas humanas. como la historia, la sociología y la crítica de la ideología; en este caso, de la relación entre los géneros. En el caso del mito, la experiencia inmediata se proyecta en una suerte de explicación imaginaria, como la del matrimonio del sol y de la luna, del que nacen un niño, la familia. El ser humano necesita racionalizar sus circunstancias, reales o ficticias, y el vehículo es el lenguaje. Recordemos que *mito es palabra*.

También la ciencia crea explicaciones que resultan falsas. El éter fue un recurso de la imaginación teórica, finalmente desechado. No hay una razón a priori que determine apodícticamente nuestras sensaciones ni verdades inherentes e inmutables que legitimen, por el hecho de serlo, un sistema hegemónico.

Organizamos la experiencia dentro de los límites del conocimiento, del sistema nervioso. Nadie vio *el mundo* ni nadie ve *la ley de gravedad* sino cuerpos que caen. Pero, sin este constructo teórico, sin la anticipación simbólica, la ciencia sería impensable.

Si el lenguaje, expresión de las ideas, es un instrumento de poder, que condiciona de algún modo nuestra concepción del mundo y las relaciones humanas, descubrir los mecanismos que conducen a una hegemonía, a la desigualdad y la injusticia, puede contribuir a un cambio en la forma y sus efectos. Algo de *lo que puede hacerse con palabras*.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles. *Física. Política*. Madrid. Aguilar. 1964.
- Barrán, José Pedro. *El disciplinamiento*. Montevideo. Banda Oriental. 1900.
- Graves, Robert. *Los mitos griegos*. Buenos Aires. Losada. 1967.
- Graves, Robert. *Patai, Raphael. Los mitos hebreos*. Buenos Aires. Losada. 1969.
- Kant, Emanuel. *La metafísica de las costumbres*. Altaya. 1993.
- Kant, Emanuel. *Crítica de la razón práctica*. Buenos Aires. Biblioteca clásica Universal. 1939.
- Nietzsche, Friedrich. *El crepúsculo de los ídolos*. Montevideo. Claudio García. 1945
- Schopenhauer, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*. Aguilar. S/f.
- Rousseau, J. Jacques. *Émile*. París. Revista de Occidente. Edition Luteitia. S/f.. Antropología. Madrid. 1935